

Roxana Jaramillo

Este pueblo se llama Champaign que, según Jackson, mi mejor amigo, significa champán en lengua castellana. Yo al respecto abrigo mis dudas porque, aunque su apreciación parezca razonable dado lo parecido que suenan ambas palabras, es claro que aquí no se produce ni se vende champán, no hay viñedos ni cavas, y los adultos prefieren beber cerveza, cidra o gaseosa. También es cierto que en materia de nombres hay cada paradoja. Por ejemplo, mi abuela materna se apellida León y es más dócil que un gatito de angora y en vez de rugir canta como ruiseñor.

Yo me llamo Roxana Jaramillo. Nací en Medellín, Colombia, y allí crecí y viví hasta hace como un año cuando don Macedonio, mi papá, se vio envuelto en un lío de la madona y la Lady Gaga con Pablo Escobar. «¿Con Pablo Escobar?». «Nones, Roxana, no puede ser porque al Pablo ese lo asesinaron hace como diez años». «Bueno, eso entendí yo, pero no estoy muy segura. Bien lo sabes que a veces las conversaciones de los mayores son tan enredadas... Sobre todo cuando algo se traen entre manos y quieren que los jóvenes no nos enteremos. Lo que quiero decir es que pude haberme equivocado de narcotraficante.

No sería nada raro. En Colombia hay narcos por montones, de todos los nombres, categorías, credos y colores. En aire, tierra, agua y hasta debajo de las piedras. Narcos de cocaína y de heroína, de muchos millones y de muchos miles de millones. Narcos enormes que mandan la parada y deciden el rumbo de los acontecimientos patrios. Narcos grandes que trabajan para los enormes, narcos medianos que trabajan para los grandes y narcos pequeños que trabajan para los medianos.

Y, por supuesto, guerras entre narcos. Guerras por el poder que se financian con los dólares que los narcos traen al país y con las armas que compran en el mercado negro. Guerras en las que mueren como moscas los que no quieren irse de las tierras que necesitan los narcos para producir y distribuir su mercancía, los que vieron lo que no debieron ver y escucharon lo que no debieron escuchar, los que no se quisieron someter voluntariamente a la ley del más fuerte, o los que simplemente no son capaces de largarse a donde no estorben o difuminarse en el aire o morir de muerte natural».

En efecto, pude haberme equivocado de narco. Pero eso en realidad no importa. Al fin y al cabo, para los efectos de esta historia da igual Pablo que Miguel y zutano que mengano. Lo cierto del caso fue que un día cualquiera la Policía Nacional, a instancias de la DEA, acusó a mi papá del delito de testaferrato. Con pruebas incontrovertibles en la mano, sus comandantes y agentes insistían en que don Macedonio venía comprando y vendiendo propiedades por orden de un tal Cueto y con dineros del Cartel de Medellín, y que don Macedonio sabía que Cueto era narcotraficante y que los dineros eran producto de actividades ilícitas, y que al saberlo debió abstenerse de comprar y de vender y, en cambio, debió dar aviso a las autoridades, y que al no hacerlo, se convirtió en cómplice de un delito muy grave, y que era mejor que cantara de una buena vez, que dijera cuáles propiedades había comprado recientemente, con billetera ajena y envenenada, si no quería ser extraditado a La Florida, o encerrado en una mazmorra de Guantánamo, o peor todavía, criando moscas en una fosa común.

Pero a pesar de las terribles acusaciones en su contra, don Macedonio declaraba, porque era cierto, que no era ningún testaferrero y que sus únicas propiedades terrenales eran su casa, su taller de madera, sus lombrices intestinales, sus pulgas, su petate, su esposa y su hija, Roxana Jaramillo, que no había comprado ni vendido otra cosa en la

vida que no fueran maderas, muebles de madera y viandas para el desayuno, y que no conocía a ningún testaferro y a ningún Cueto, ni en cuento.

Demás está decir que, para salir de dudas, los agentes revolcaron en el taller y en la casa y en todos nuestros rincones y comenzaron a sospechar que quizás don Macedonio sí fuera un pobre diablo dueño de un taller miserable, y que no conociera a Cueto, y que no fuera testaferro, que a lo mejor hubiera en Medellín otro Macedonio Jaramillo, ese sí diablo rico, testaferro y narco de campanillas, ese sí candidato a ser extraditado a La Florida, o encerrado en una mazmorra de Guantánamo, o peor todavía, elegido para criar moscas en una fosa común...

«Sí, puede ser que nos hayamos equivocado de Macedonio. Con los nombres nunca se sabe. Hay cada paradoja... Dicen que en USA hay una ciudad llamada champán donde curiosamente sólo se bebe cerveza, cidra y gaseosa».

No obstante las evidencias sobre lo exiguo de su patrimonio: casa, taller de madera, lombrices intestinales, pulgas, petate, esposa, Roxana Jaramillo y pare de contar, el problema de don Macedonio no se solucionó. Es por demás, en nuestro país, en estos asuntos, la movida chueca es la regla y no la excepción. Así es la cosa, así funciona nuestro narco-carrusel.

Si los policías no pueden echarle el guante a un narco de cualquier tamaño, hay que echárselo a su testaferro. Y si el testaferro tampoco se deja pelar, hay que inculpar de testaferrato, asesinato o prevaricato a un mengano cualquiera, a uno bien bobo o bien insignificante... ¿Cómo?... Muy fácil, inventándole un desaguisado con Cueto que huela bien maluco... «Si no se puede joder a mengano hay que joder a perencejo. Si no es a perencejo que sea a don Macedonio, aunque sea un pobre diablo».

Ante semejante tragedia más que griega, don Macedonio comenzó a echar canas antes de tiempo. Viéndolo tan achajuanado, don Marcos Carvajal, su compadre, le dijo...

«Mira, Mace, el daño ya está hecho. Si no te detiene la policía por encubridor y dizque testafarro, tarde o temprano te detendrá por cualquier otro delito, digamos por no declarar impuestos sobre tus lombrices. Si te salvas del apresamiento no te salvarás de la muerte, los narcos o Cueto o tu tocayo te harán picadillo nomás por no dejar. Si no te matan los narcos o Cueto o tu tocayo, fijo, fijo te secuestrará la delincuencia común que pedirá una millonada por tu rescate, al fin y al cabo tú eres testafarro y un testafarro tiene mucho dinero, además de buenos amigos que pagarán gustosos tu rescate. Y, finalmente, si te salvas también del secuestro, recibirás una carta de algún frente de las FARC o del ELN o de las Milicias Bolivarianas o de los paramilitares ofreciéndote protección obligatoria lo que quiere decir, en buen cristiano, que si no les entregas mensualmente unos cincuenta mil dólares, dinamitarán tu casa, o matarán a la comadre, o se llevarán a mis ahijados para el monte.

Como quien dice, con cara pierdes tú con sello ganan ellos. Hazme caso, antes de que uno cualquiera de tus enemigos te acabe de amolar, vende la casita, liquida el negocio y con el dinero que juntes producto de la venta y los ahorros que tiene la comadre en el banco, pon pies en polvorosa y empieza una nueva vida en USA. Yo me encargo de todo, pasaportes, visas y cartas de recomendación».

Fue así como, no habiendo más alternativa, por culpa de Cueto y del tocayo, o de la mala fortuna de don Mace y gracias a los buenos oficios de don Marcos, vine a

parar con don Mace y mi mamá a este pueblo que, dice Jackson, en castellano se llama champán.

« ¿Extrañas Medellín?», me pregunta contrito y melancólico mi papá quien, por más que lo intenta, no se adapta ni a Champaign, ni a su nuevo trabajo, ni al clima, ni a la comida, ni mucho menos a su condición de refugiado. «Mucho, padre», le respondo con cierto dejo de nostalgia, «sobre todo sus calles y sus plazas y mi colegio. Y echo de menos a los familiares y amigos que dejamos allá, la abuela León, don Marcos, el panadero de la panadería El Porvenir, y a Daniel Campos, quien me dio mi primer lengüetazo de amor»... Lo de Daniel Campos lo recuerdo con mucha emoción pero no se lo menciono a don Mace, que no soy tan mensa.

Extraño muchas cosas, aunque también es cierto que, gracias a nuestra flexibilidad, los jóvenes nos adaptamos más fácilmente a las adversidades de la vida. Para la muestra un botón. Quiéralo que no, cada día que pasa me voy tornando menos paisa y más champañuna. Ahora como hamburguesas y tacos con la misma fruición que antes comía arepas y rellena. Y le hago fuerza al Fighting Illini y no al Independiente Medellín, y me doy de lengüetazos con Jackson y no con Daniel... Que no me vaya a escuchar don Mace porque me mata.